

El Periódico ilustrado.



Año II.—Número 55.
DEL 6 AL 13 DE MAYO DE 1866.

EU.



CALENDARIO DE LA SEMANA.

D. 6 S. Juan Ante-Portam.
l 7 S. Estanislao, S. Sixto.
m 8 S. Miguel Arcangel.
m 9 S. Gregorio Nacianc.^o
j 10 La Ascension del Señor
v 11 S. Mamerto.
s 12 Sto. Domingo.

ADMINISTRACION, PASAJE DE MATHEU, 6.

EL PERIÓDICO ILUSTRADO APARECERÁ CADA SEMANA.

SUSCRICION: Un año. Seis meses. UN NÚMERO
Madrid. 24 rs. 12 rs. MADRID..... 4 cs.
Provincias. 28 » 14 » PROVINCIAS. 5 id.
Ultramar. 80 » 50 »

SUMARIO.—Eu.—Revista de la semana, por Palacio.—Escenas de la vida militar en Méjico, por Belza.—Los innumerables mártires de Zaragoza, por J. T. y Benedicto.—Las últimas horas de un poeta, por F. de P. San Martín.—Los claveles rojos, por Ladevese.—El rey de Siam.—Inauguración de las obras del Museo y Biblioteca nacional.—Modas de primavera.—Declaración matemática, por M. O. y Bernard.—El rostro de mi bien, por V. G. y Gimbao.—Charada.
LÁMINAS: EU.—Colocación de la primera piedra del Museo nacional.—Un auto de fé.—El rey de Siam.—Las mujeres del rey de Siam.—Modas de primavera.

EU.

Esta pequeña villa, célebre en otro tiempo, no es hoy más que una simple cabeza de canton en el departamento de Dieppe, poblada de unos 4.500 habitantes.

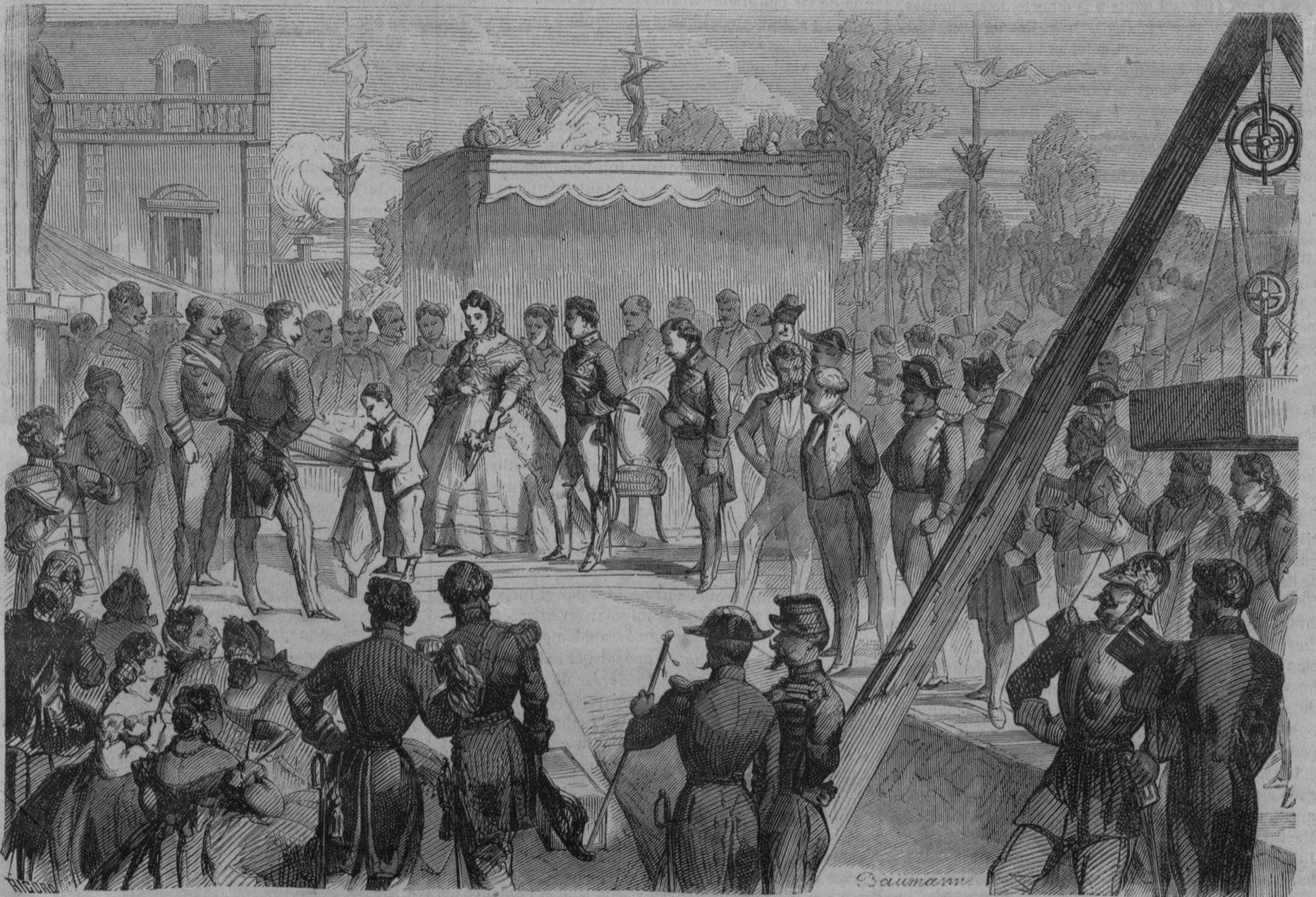
Llamada Auga, Aucum, Oca y Alga en su origen, la villa de Eu remonta su antigüedad á los romanos.

Gracias á su situación y á su proximidad al Océano, ejerce un comercio marítimo bastante activo, sobre todo de productos agrícolas.

Como es fácil comprender, escasean en ella los monumentos. Es, sin embargo, digna de notarse la iglesia de San Lorenzo, edificio ogival del siglo XII, que se representa en el medallón de la derecha del grabado de cabecera, y el palacio copiado en el medallón opuesto, que fué en muchas ocasiones residencia de Luis Felipe y de su esposa María Amelia, cuyo retra-

to hemos dado á conocer en el número anterior.

Este palacio ó castillo fué comenzado en 1581 por el duque de Guisa, y embellecido despues por mademoiselle de Montpensier. Secuestrado en 1793 y transformado dos años más tarde en hospital, fué devuelto á la familia de Orleans en 1814. Luis Felipe lo restauró, lo modificó completamente y aumentó sus dependencias, estendiendo el parque á más de cuarenta hectáreas. Desde la terraza de este parque se divisa el mar en una grande estension.



COLOCACION DE LA PRIMERA PIEDRA DEL MUSEO NACIONAL.

REVISTA DE LA SEMANA.

Guillermo Tell en el Teatro Real; *Enfermedades secretas* en Jovellanos, y la inauguración del circo del Príncipe Alfonso; hé aquí los tres acontecimientos de la semana. Respecto al primero, no hay para qué decir que la ópera ha salido bastante bien, y habría salido mucho mejor si el Sr. Merly hubiera cantado con más aplomo su papel, y dejado de añadir notas de su cosecha, pues tanto Tamberlik, que está en esta obra inimitable, como los demás artistas, interpretaron á la perfección el sublime *spartito* de Rossini, que fué puesto en escena con el lujo y propiedad que la empresa acostumbra.

Enfermedades secretas, estrenada en la Zarzuela, es una pieza de actualidad en que la política juega el principal papel, y que abunda en chistes de buen género que el público aplaude con efusión. ¡Lástima que el pensamiento de este juguete no está desarrollado, como parecen indicar las primeras escenas, hasta el punto de servir de saludable enseñanza, y concluya friamente, por descuido ó por timidez del autor!

Por lo que toca á la inauguración del Circo de caballos, no tenemos tiempo todavía de ocuparnos de ella, si bien sabemos que la compañía es muy completa, y no escasa de notabilidades en los diversos géneros en que puede subdividirse este espectáculo.]

Aparte de estos tres sucesos, la semana solo nos ha ofrecido la fiesta anual á las víctimas del Dos de Mayo, que han conmemorado los periódicos con sentidos versos y profundos artículos, y cuya ceremonia oficial ha sido tan brillante, como numerosa la concurrencia que acudió á visitar el monumento del Prado, cubierto de magníficas coronas; también fué notable el sermón pronunciado en San Isidro por el señor don Fernando de Castro, en recuerdo de tan esclarecidos mártires, y contra lo que habían anunciado algunos profetas de café, ningún incidente desagradable vino á turbar la tranquila solemnidad del día.

Pero en medio de todo es triste que mientras el pueblo honra de esta manera la muerte de sus héroes, se lean en *La Correspondencia* párrafos como el siguiente, que hacemos completamente nuestro.

«La noche del 2 de mayo de 1808, fueron trasladados los restos de Daoiz á una casa de la calle de la Ternera, núm. 7, cuarto segundo, quedando allí en depósito hasta que se logró darles sepultura. Ni una sola inscripción recuerda en dicho edificio suceso tan notable, lo cual es más de extrañar allí, donde tan cerca está la lápida que indica el sitio donde vivió Torrijos, cuya memoria, respetable como la de todos los muertos, nada dice á las tradiciones nacionales, y sólo es un doloroso recuerdo de nuestras luchas de partido.»

El parque de Monteleón, donde tuvieron lugar las más sangrientas escenas de aquel día memorable, y á cuya entrada se derramó la sangre de tantos madrileños, es hoy una fábrica de hules. Nadie, desde el año 44, ha elevado la voz en España pidiendo que se declare monumento nacional aquel edificio, donde se consumó su heroico sacrificio.»

Desearíamos que esta patriótica indicación fuera tomada en cuenta por la municipalidad de Madrid, que es á quien toca más de cerca el asunto.

Entre la multitud de periódicos literarios que diariamente brotan en la coronada villa, uno hay, que por su índole especial y su utilidad reconocida, merece llamar seriamente la atención. Titúlase *La Tipografía*; y, como su título indica, es una crónica de los adelantos de este arte, y un manual para los que se dedican á él, lleno de erudición y doctrina. El lujo y la elegancia con que el periódico está hecho, demuestran los conocimientos y el buen gusto de los encargados de su dirección científica y material, y prueban que en este ramo tenemos poco que envidiar á los demás países.

Un solo libro nuevo publicado en estos días ha llegado á mis manos; son *Las últimas confidencias* de Lamartine, dadas á luz por los conocidos editores San Martín y Jubera, y traducidas concienzudamente por Julio Nombela. El análisis de este libro es innecesario; todos conocen el elegante estilo de su autor, y admiran los elevados pensamientos del gran poeta.

La casa de Gaspar y Roig se dispone á comenzar en breve su edición ilustrada de *Los trabajadores del mar*, de cuya traducción se ha encargado el Sr. Ribot y

Fontseré, y en cuyos dibujos reconocerán fácilmente los aficionados el lápiz diestro y vigoroso de Gustavo Becquer.

Esto es todo lo que puedo anunciar á Vds., en cumplimiento de mi deber de revistero; deber penoso en muchas ocasiones, y sobre todo cuando no se ocurre nada que decir.

M. DEL PALACIO.

ESCENAS DE LA VIDA MILITAR EN MÉJICO.

LAS SIETE NORIAS DE BAJAN.

DOBLE-VISTA.

(Continuación.)

En la noche de que os hablo, *Doble-vista* había venido á tomar parte en nuestra conversación, sentándose entre Albino y yo, después de pedirnos licencia para ello. El mestizo parecía más sombrío y taciturno que de costumbre, asemejándose, por su marcada inquietud y sus vagas miradas, al inteligente perro de caza que olfatea alguna pieza próxima.

—¿Qué teneis? le preguntó el contrabandista; pareceis algún tanto preocupado. ¿Por ventura olfatearías que los *tamarindos* vienen en nuestra persecución?

—No, respondió el anciano; acabo de interrogar los cuatro vientos, y los *tamarindos* se hallan lejos de nosotros; pero yo no sé por qué estoy inquieto: presiento que alguna traición nos amenaza.

Por mi parte me hallaba más dispuesto á reirme de las preocupaciones del viejo que no á darles importancia alguna; pero Albino se puso serio, dirigiéndome una mirada harto significativa para que la risa espirase en mis labios: Albino conocía por experiencia, hacia mucho tiempo, que había siempre algo de sobrenatural en las predicciones del anciano.

—No os riáis jamás de las predicciones de *Doble-vista*; cuando habla de traición, positivamente debemos temer algo y estar muy sobre aviso.

En el momento en que Albino decía estas palabras, una de las centinelas avanzadas que habíamos colocado en el lindero del bosque, condujo á nuestra presencia un indio, que al parecer intentaba burlar nuestra vigilancia.

Este indio no llevaba más arma que un nudoso bastón; yo me encargué de interrogarle, y le pregunté de dónde venía y á dónde se dirigía; pero el indio no comprendía el español y no contestó á mis preguntas más que con sonidos guturales ininteligibles para nosotros. *Doble-vista* le observa en tanto con su mirada perspicaz y se encargó de contestar al indio en su propio lenguaje. Me olvidé decir que el mestizo hablaba correctamente todos los dialectos en uso en la provincia de Cohahuila.

—¿Qué dice ese hombre? le pregunté al anciano.

—Que regresaba á su pueblo, y que temeroso de que los insurgentes le arrebatasen una pequeña suma que lleva consigo, es lo que le ha obligado el intentar pasar desapercibido por las cercanías de nuestro campo. Esto es lo que él dice, pero no la verdad, y yo estoy seguro que algún otro motivo le ha conducido hasta nosotros.

El mestizo fijó nuevamente sus ojos de basilisco sobre el indio, el cual sostuvo el exámen con imperturbable serenidad. El viejo, después de un momento de silencio, continuó el interrogatorio, del cual nosotros no comprendíamos palabra, conformándonos con observar á aquellos dos hombres que se asemejaban á dos estatuas de bronce enrojadas por el fuego.

De pronto, *Doble-vista* al intentar levantarse, tropezó ó fingió tropezar y avanzó rápidamente la mano hácia el bastón en que se apoyaba el indio; pero este no le dió tiempo á que se apoderase de él, haciendo un brusco movimiento para separarse de su alcance.

—Creo positivamente que este hombre dice verdad, y debemos dejarle que continúe su camino, dijo el mestizo; voy á hacerle una última pregunta y me basta.

El indio, que parecía no comprender nada, permanecía impassible, pero de pronto *Doble-vista*, que se le había ido aproximando poco á poco, se lanzó sobre él arrebatándole el bastón de una fuerte sacudida. El indio se estremeció y *Doble-vista* sonrió con aire de triunfo y satisfacción.

—El secreto de este hombre se encuentra en este bastón, dijo; de lo contrario, cuando yo he fingido

tropezar y estender la mano hácia él, no se hubiera retirado de una manera tan brusca, privándome del único punto de apoyo que se hallaba á mi alcance.

Esto diciendo, el mestizo rompió sobre su rodilla el nudoso bastón, y entre sus pedazos apareció un papel rollado cuidadosamente que *Doble-vista* desdobló é inspeccionó á la luz de la hoguera, entregándonoslo en seguida con un gesto de desden.

Del mismo modo que el mestizo, volví y revolví entre mis manos el referido papel, y no pudiendo sacar nada en limpio, lo pasé á Albino que tampoco pudo descifrar ni una sílaba de aquel enigma. En una palabra, de los trescientos hombres que allí estábamos acampados no hubo uno que pudiera descifrar el contenido de la carta interceptada, cubierta de signos ininteligibles para cualquiera que no conociera la clave.

—Interrogad nuevamente al indio, dijo Albino á *Doble-vista* y hacedle comprender que va á ser ahorcado inmediatamente si no nos revela el verdadero sentido de este despacho.

—¿Lo habeis oído? Le dijo el mestizo, después de repetirle las palabras de Albino; pero el indio no sabía más que nosotros, y ni las súplicas, ni las amenazas pudieron arrancarle más que estas palabras: ¡*Elizondo!* ¡*Elizondo!* Concediósele la libertad y se alejó lentamente del círculo de la luz.

Después de su partida, enviamos por conducto del mestizo la orden á nuestras avanzadas y centinelas para que redoblaran su vigilancia y condujesen inmediatamente á nuestra presencia á toda persona que sorprendiesen en la vecindad de nuestro campo. La inquietud anterior del viejo la vimos tan perfectamente justificada con este incidente, que con sobrada razón estábamos alarmados. Esperábamos que la casualidad hiciese caer en nuestro poder algún viajero capaz de descifrarnos el misterioso despacho interceptado, pero la casualidad no quiso favorecernos. *Doble-vista* no tardó en volver á reunirse con nosotros, después de haber ejecutado las órdenes de Albino.

—¿Qué pensais de todo esto? le pregunté yo al mestizo.

—Que cuando aparece carne fresca á la orilla del canal no está lejos el tiburón, me contestó sentenciosamente el viejo.

Albino y yo necesitábamos algún reposo, y en su consecuencia nos acostamos sobre nuestras capas al lado del fuego. El mestizo entre tanto permaneció sentado é inmóvil al lado nuestro, y unas veces levantaba al cielo la cabeza, absorvido, al parecer, en profundas meditaciones, y otras parecía prestar oídos á ruidos que para nosotros no tenían significación. En esta situación le estuve examinando por algún tiempo, hasta que por fin quedé dormido.

Ya muy próximo de amanecer, fuí despertado por el *¿quién vive?* de nuestros centinelas, varias veces repetido, é inmediatamente me puse de pié, arrojando en la hoguera algunas ramas y troncos, con objeto de reanimar el fuego. Mi compañero dormía aun; *Doble-vista* se hallaba en la misma posición que tenía cuando me rindió el sueño.

Desperté al contrabandista, diciéndole lo que ocurría; y algunos minutos después, dos de nuestros soldados condujeron á nuestra presencia á un hombre á caballo. Este ginete, parecía experimentar á la vez algún temor y, sobre todo, una viva mortificación.

—¿Qué significa esto, señores? dijo, cuando se vió delante de nosotros. ¿Me encuentro entre amigos ó enemigos? ¿Con qué derecho deteneis á los oficiales del ejército independiente?

—Con el derecho que tenemos de saber, respondió Albino, si son amigos ó enemigos los que en medio de la noche se aproximan á nuestros vivaques; además, deseábamos que la suerte nos deparase un caballero bastante entendido para descifrarnos cierto papel...

Albino, diciendo esto, registraba sus bolsillos buscando el documento á que se refería. Durante este tiempo yo miraba atentamente la fisonomía del mestizo, que á su vez fijaba sus investigadores ojos sobre el caballero. El exámen no debió ser muy favorable á éste, porque en el momento en que Albino alargaba al desconocido el papel que tanto nos interesaba descifrar, *Doble-vista* detuvo su brazo, y apoderándose del papel, dijo:

—No juguemos con la traición; ¿quién os asegura que este hombre sea un amigo?

—¿Desde cuándo, seo bribón, contestó con furor el caballero, el teniente coronel Elizondo ha merecido ser tan indignamente ultrajado? Y el oficial, desemo-

zándose, nos mostró el uniforme y las insignias de su grado: entonces recordamos el nombre del autor de la sublevación de Cohahuila y Nuevo Santander, y sin comunicarle, como Albino había pensado hacer en un principio, el despacho interceptado, le suplicamos aceptase nuestras excusas por haber interrumpido su marcha; sin embargo, de que semejante hecho se hallaba justificado en las necesidades de la guerra. El oficial recibió aquellas con altanería, lanzó una mirada de odio sobre el mestizo, picó espuelas á su caballo y desapareció al galope.

J. BELZA.

(Se continuará.)

LOS INNUMERABLES MARTIRES DE ZARAGOZA.

Publio Daciano, presidente de la España romana, era un digno émulo de los crueles emperadores Diocleciano y Maximiano; él había cubierto de luto á los cristianos de Barcelona con los martirios de Eulalia y Severo; él dejó sangrientas huellas en los campos de Gerona y por él se estremece aun Zaragoza al recuerdo del suplicio de la virgen Engracia y de sus diez y ocho compañeros. La ferocidad del tigre aumentaba con la sangre vertida.

Cesaraugusta gemía bajo el yugo del tirano. Una tarde, un peloton de caballería romana recorría las calles y plazas de la ciudad, escoltando á unos cuantos lictores, cuyo jefe enarbolaba el pendon del imperio; era un pregon. El pueblo atraído por la curiosidad y no sin temor, se arremolinaba en torno á la comitiva. El edicto ordenaba á todos los cristianos que abandonarían la ciudad al amanecer del siguiente día sin exceptuar sexos ni edades. Terrible era el mandato para aquellos pobres seres, que al abrigo del misterio y sostenidos por su inmutable fé, cruzaban una ignorada existencia en Zaragoza, consagrados á los cultos del Crucificado. Sagradas catacumbas habían sido hasta entonces halagüeño teatro de sus plegarias; imágenes santificadas se guardaban en aquellos solitarios lugares, y en una palabra, arrancar de Zaragoza á los cristianos, era entregarlos á la desesperación, más fué necesario obedecer.

La aurora descifraba con luz blanca y ténue los misterios de la noche; nubes rojas coronaban al sol que aparecía; la puerta de Occidente era la destinada para la salida de los proscritos; á sus lados y formando ancha calle se veían unos cuarenta lictores de aspecto feroz y repugnante. Una hueste numerosa comenzó á desfilar por el muro en dirección al campo; allí caminaban decrepitos ancianos que agobiados por la cansada edad, se apoyaban en robustos mancebos ó tímidas doncellas; allí se veían llorosas madres que con sus tiernos hijos en brazos daban un desesperado adiós á todos los recuerdos de su felicidad; allí el siervo confundido con el señor, el niño con el soldado; era una multitud inmensa, un pueblo entero á quien arrojaban de sus lares, una vilipendiada hueste que al amparo de su religión, no dudaba en preferir el destierro á la adjuración de sus creencias. Todos trasportaban sobre sus hombros miserables lios, cajas, rollos de pieles donde se encerraban todas sus riquezas; todos con lágrimas y sollozos se despedían de la tierra de sus padres.

Aquellas gentes traspasaron por fin la puerta de Cinegio (hoy Cineja) y se vieron fuera de la población escoltados siempre por una hueste de caballería.

Los cristianos volvieron sus ojos arrasados en llanto hácia Zaragoza, y con dolorosos gritos se despedían de su ciudad querida.

El eco de un clarín resonó vibrador en el espacio.

Entonces comenzó una escena espantosa, horrible, sacrilega. De todos los bosques de encinas y olivos que se estendían en torno á los cristianos, (hoy calle de la Independencia) salió una gritería terrible, infernal; los proscritos se detuvieron espantados y antes de comprender vieron precipitarse sobre ellos numerosos escuadrones de caballería. La carnicería comenzó; niños, mujeres, ancianos y mancebos, todos cayeron bajo la cuchilla de aquellos verdugos; una nube de polvo ocultó á los rayos del sol aquel nefando cuadro, mientras llenaban el espacio alaridos de muerte y carcajadas horribles.

La historia y la tradición elevan el número de víctimas á 27.000: innumerables las llaman otros.

Satisfecho Daciano, quiso evitar que aquellos cuerpos fuesen recogidos por los cristianos, y ordenó ar-

rojarlos en hogueras mezclados con los restos de malhechores: el fuego consumió las inmensas pirámides de cadáveres, y por la noche una leve niebla se extendió sobre las humeantes cenizas, y dejó caer en ellas las gotas de un rocío vivificador, al mismo tiempo que soplaban una brisa suave y apacible. Masas blancas como trozos de congelada nieve, se formaron entre los huesos calcinados y los troncos medio encendidos: eran las cenizas de los mártires, separadas de toda otra materia, merced á aquella prodigiosa lluvia, y que recogidas al punto por los cristianos fugitivos, fueron depositadas en unos vasos de piedra junto á los restos de Engracia y sus compañeros, en el venerado subterráneo.

Hoy es aquel subterráneo una de las principales glorias de Zaragoza; su historia es la del cristianismo. Pavor y religioso respeto infunde en el pecho del que sintiendo hervir en su mente desconocidos pensamientos, se lanza en la oscuridad de sus catacumbas, seguro de tropezar con sepulcros: allí se adivina un espíritu misterioso, que revolando sin cesar entre aquellas cinco reducidas naves, divididas por pequeñas columnas de seis en fila, llega á confundirse con la ténue luz de las lámparas que refleja sobre las amarillentas sepulturas. De estos túmulos uno sirve de ara, esculpida su frente con un relieve, obra al parecer de los primitivos artistas cristianos, que en aquellas toscas, pero significativas veintisiete figuras, quiso consignar tímidamente la memoria de las primeras víctimas contemporáneas. Sobre el altar descuellla la efigie de la animosa Engracia, que se alza en aquel recinto como la reina de toda aquella muchedumbre de mártires que duerme en su derredor el sueño de los siglos. A cada lado del presbiterio se eleva una urna, dos sencillísimos exámetros encierran la historia de cada uno de aquellos vasos fúnebres; hélos aquí:

Hic ossa, hic cinerum sancto cum sanguine massa.

Martyris hac nostri Lamberti truncus in urna.

Arcas de piedra, toscas, con rudas figuras algunas, sin adorno ni inscripción las más, atestadas todas en sus dos cuerpos de osamentas, se destacan sobre los muros laterales. Un solo sepulcro se distingue de los demás por su parecido con el ara fúnebre que hace veces de altar y cenotafio, cubierto de relieves con las rudas formas bizantinas; ostenta en su frontis Adán y Eva con la serpiente en torno al árbol, y al extremo opuesto diez y seis figurillas, que por los nombres de carácter latino que á su pié llevan, y que aun pueden descifrarse, parece representar los mártires allí sepultados. En el centro del templo se divisa el brocal de un pozo solo abierto á presencia de los grandes de la tierra, y de cuyo fondo, aun guardador de huesos y reliquias, es fama se estrajeron todas las que llenan aquellos sepulcros.

Cuando al resplandor de aquellas lámparas, cuya luz dice la piadosa tradición, nunca ennegrece el techo, sin escuchar otro rumor que el que producen nuestros pasos, se baja á reclinar la abrasada frente en la piedra que sirve á la vez de altar para los vivos y de tumba para los muertos, un mundo gigantesco de recuerdos viene á herir la imaginación del artista y del poeta. Las bóvedas vuelven entonces á tomar su primitivo color de tierra, que la mano del hombre ha hecho desaparecer bajo un despiadado tinte de cal; un delicioso perfume se esparce por la atmósfera; el canto dulce, consolador de cien voces angelicales resuena en eco maravilloso, y allí, postrado en el suelo, cercado de luces y flores, mírase aparecer un inmenso pueblo que entona sus cánticos al Hacedor, mientras tal vez fieros sayones esperan á los cristianos á la salida para arrastrarlos al suplicio.

Los anales de este templo se hallan escritos sobre las losas de sus sepulcros. Estas urnas fúnebres que á modo de altares rodean las naves, no infunden pavor sino respeto; en ellas se leen, se adivinan crímenes que aterran, prodigios que conmueven, maravillas que asombran. La sombra de Engracia, de cuya pura sangre aun parece guardar las huellas la tradicional columna; la del siervo Lamberto y la del soldado Lupercio, seguidas de diáfanas apariciones, cruzan por delante del piadoso visitador, que sin aliento cae de rodillas cediendo á irresistible impulso y regando con lágrimas de ternura aquel lugar de misterios y de prodigios.

JOAQUIN TOMELO Y BENEDICTO.

LAS ULTIMAS HORAS DE UN POETA.

En una pequeña casa de *Brunhille*, y en el 10 de noviembre de 1674, vivía un hombre agobiado por el tiempo y más aun por los pesares.

Sesenta y seis años contaba aquel hombre, que se acercaba á los últimos instantes de su vida.

Era hermoso, como pudiera serlo un busto hecho á cincel por Cellini sobre un mármol de Carrara.

La palidez de su ancha frente y sus mejillas era notable, dándole más realce sus blancos cabellos, que le bajaban hasta los hombros en desordenados bucles.

Lo que más interesaba de aquel hombre, eran sus ojos negros, que brillaban con intensidad, como si tuvieran en sí mismos la luz del sol, que no podían ver.

Sentado, más bien, recostado en un gran sillón, el ciego guardaba absoluta inmovilidad, y el silencio más profundo reinaba en aquella habitación, inundada por los últimos rayos del sol de otoño.

La inteligencia de aquel hombre sufría horriblemente, tan horriblemente como su corazón.

Su inteligencia había derramado tesoros de luz, como su corazón tesoros de amor.

Sufría porque los mundos creados al soplo de su inteligencia estaban ocultos, porque su familia no tenía para su corazón el bálsamo bendito de los tiernos afectos.

Estas frases, que no murmuraban sus labios, pero que brotaban de lo más íntimo de su ser, darán una idea de sus profundos dolores:

—¡Cuán desgraciado soy! ¡La luz no existe para mí! ¿Por qué la vista ha de haber sido confiada al globo del ojo, tan frágil y que con tanta facilidad se apaga?

¡Pobre desterrado de la luz, me agito horriblemente en un círculo de tinieblas! El mundo, por otra parte, ha hecho más insoportable mi destierro: me encuentro separado de todos, porque ayudé á destruir el edificio de la tiranía, para levantar sobre aquellas ruinas sangrientas el edificio de la libertad. El crimen de *alta traición* se me echó en cara, y se me perdonó la vida para hacer más cruel mi suplicio. No se han respetado mis desgracias, y hasta el hijo del tirano llegó á decirme un día: «¡que el cielo me castigaba por haber conspirado contra su padre!»

¡Ya no renaceré en la primavera! El invierno me envuelve con sus hielos y sus sombras, y este será el último otoño que inspire á mi alma tristes y graves pensamientos. Todo me habla ya de la muerte, hasta esas dulces armonías de la naturaleza, con las que llené mi *Eden* para arrullar los primeros amores del mundo.

Siento que la energía de mi alma, que no me ha abandonado nunca, que me ha hecho superior á los dolores, se me va escapando: la arcilla se desmorona... ¡que Dios fortalezca al espíritu hasta que lo llame á sí!

El ciego permaneció en su inmovilidad y sumergido en sus pensamientos y sus recuerdos.

El día avanzaba en su carrera y el rayo de sol que penetraba en aquel cuarto, estaba próximo á abandonarlo.

—¡Siento frío! murmuró débilmente el anciano.

Poco despues, haciendo un esfuerzo, gritó:

—¡Débora! ¡hija mia!..

Una joven acudió á este llamamiento, pero sin producir el más leve ruido.

—¿Qué quereis, padre? preguntó desde el umbral.

—¿Se ha quitado ya el sol del cuarto? dijo el ciego.

—Aún no, padre.

—Pues condúceme hasta donde me lleguen sus rayos.

La hija puso en movimiento las pequeñas ruedas del sillón que ocupaba su padre, y lo arrastró hasta cerca de la ventana.

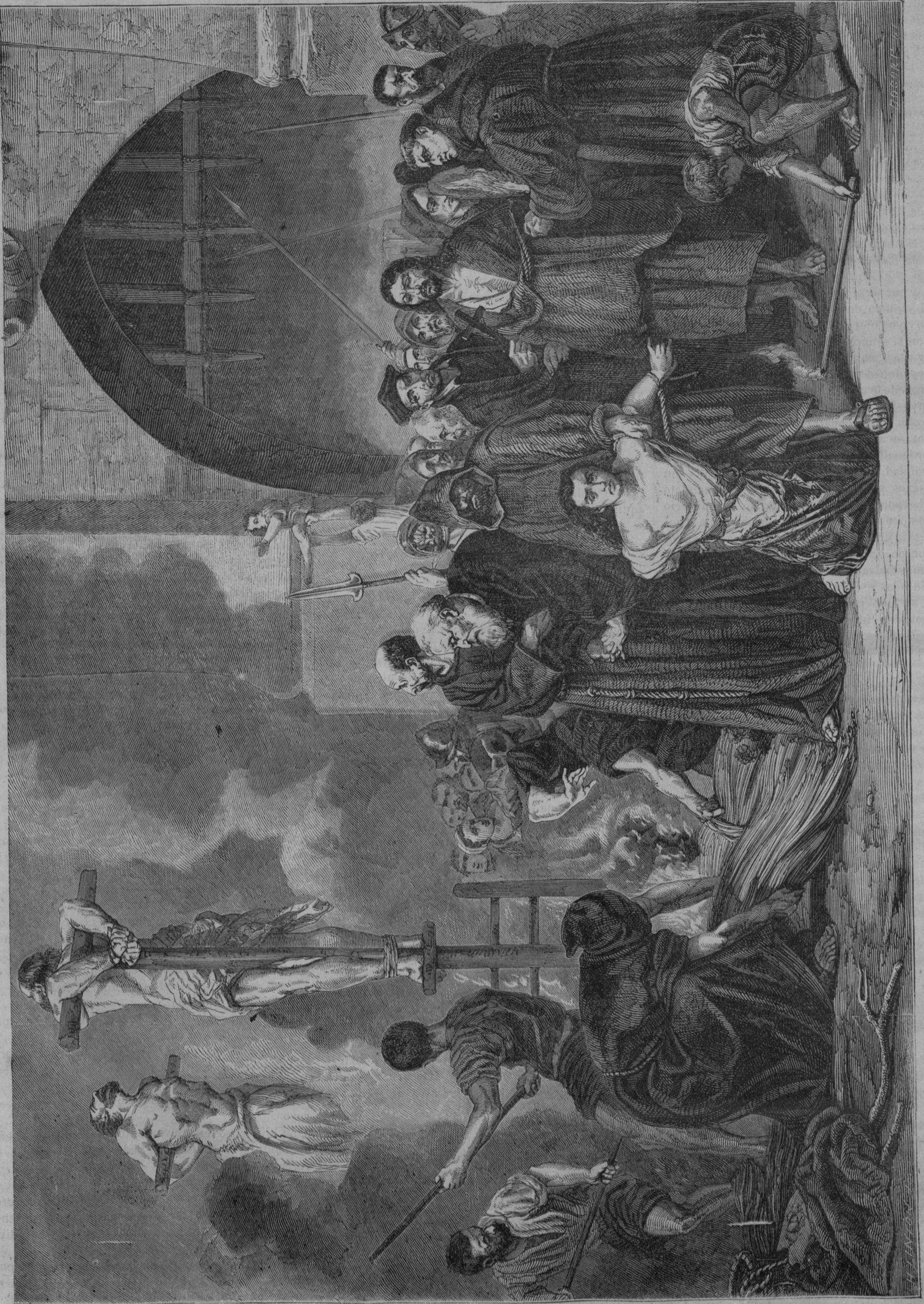
Entonces, los dorados matices de los rayos del sol que cayeron sobre la frente del viejo, se confundieron con los plateados de su larga cabellera, adquiriendo aquella hermosa fisonomía una majestad y un tinte poético interesantísimos.

—¡El sol me regenera! exclamó el padre. Despues añadió:

—Aprovecha los instantes que quedan de luz, y léeme, Débora, algunos versículos de *Isaias*.

La hija no hizo el menor movimiento.

—¿No me has oido? la preguntó con alguna impaciencia.



UN AUTO DE FE.

UN AUTO DE FE.

El magnífico grabado de la plana anterior, copia de uno de los más notables cuadros de la escuela francesa moderna, dará á nuestros lectores una idea de las bárbaras ejecuciones verificadas en España por el tribunal de la Inquisición.

No entra en nuestro propósito hacer la historia de este odioso tribunal, juzgado ya y condenado hace tiempo por la conciencia pública; nos contentaremos con dar una idea de los tormentos que imponía, y que precedían casi siempre al acto de la muerte.

Sabido es que el uso de la tortura es antiquísimo, y le han practicado casi todos los pueblos del Oriente. Entre los hebreos parece que no se conocía, pues nada dicen sobre él las leyes de Moisés. En Atenas no había tormento preparatorio; sólo los ya condenados sufrían el tormento treinta días después de la sentencia, y no podía aplicarse á ningún ciudadano sino en el caso de ser acusado de algún crimen de Estado. En Roma tenía lugar la tortura antes de la condenación, pero tampoco podía imponerse sino en delitos de lesa magestad.

La Inglaterra, en honra de la cultura europea, ha sido la primera que ha abolido el tormento, antes que las demás naciones cristianas. En Francia duró más esa costumbre, á pesar de que en 1778 ya todas las asambleas electorales estuvieron unánimes en condenar lo que habían condenado antes Beccaria Servant y otros muchos; siguieron después las demás naciones, y en bien de la humanidad, apenas hay ya pueblo donde se halle sancionado este uso.

La clase de tormentos varió según el mayor ó menor grado de ilustración de los países que lo practicaron: en España, los que aplicó principal-



EL REY DE SIAM.

mente la Inquisición, fueron el del *agua*, el del *fuego*, el de la *garrucha*, el del *aspa* y el de las *cuñas* ó *tablillas*.

En nuestra historia tenemos ejemplos de personas notables y de gran categoría, á quienes se aplicó el tormento sin la menor consideración, contándose entre ellas el famoso Antonio Perez, secretario de Felipe II, en la causa que se le formó respecto al asesinato de Escobedo, cuyo suplicio, que así puede llamarse, por la crueldad con que fué tratado, no le hizo, sin embargo, arrancar la confesión que los jueces deseaban.

También sufrió la tortura el desgraciado D. Rodrigo Sarmiento de Villandrando, duque de Híjar, en 1648, por sospechas de que intentaba proclamarse rey de Aragón. Estando el infeliz duque en el potro, llegó hasta romper una de las ligaduras, porque el juez mandó apretarla más, creyendo que no lo hacía bastante el verdugo. Concluido el tormento, sin confesión, hubo que llevar al duque en unas angarillas á su cama, donde se desmayó al curarlo.

Afortunadamente la civilización del siglo, y más que todo la inutilidad de una prueba que no conducía más que á arrancar confesiones violentas y no espontáneas, acabó con esa odiosa y repugnante costumbre en 1814, y seis años después con el inicuo tribunal que tanto había contribuido á arraigarla y sostenerla.

Concluiremos esta noticia, añadiendo que la inquisición de Madrid ocupó el mismo sitio que ocupa hoy la casa número 4 de la calle de María Cristina, ó sea de Isabel la Católica, y sirvió, casi hasta nuestros días, de cuartel, conservándose alguno de los calabozos subterráneos donde padecieron tantos desgraciados.—P.



LAS MUJERES DEL ULTIMO REY DE SIAM.

Débora produjo algun ruido, como si buscara el libro indicado.

—El original hebreo de *Isaias* no lo encuentro, padre.

—Pues léeme á *Homero*.

—Tampoco lo encuentro; contestó Débora pasados unos instantes.

—A *Ovidio* entonces.

Débora dió á su padre la misma contestacion.

—¿Seguís vendiendo mis libros? preguntó el viejo con marcado enojo.

—No los he encontrado, padre.

—¡Tus hermanas y tú me estais engañando! añadió con severidad.

Débora se alejó de aquella habitacion tan silenciosamente como habia entrado.

—¡Todo me va faltando! exclamó el anciano con desconsuelo. Me faltó la luz y el cariño de mi familia, y ahora me faltan mis autores predilectos. ¡María, Catalina, Isabel, mis esposas, las madres de mis hijas, poco habeis hecho por mi felicidad! ¡Tuve el perdón para vuestras faltas y la ternura para vuestros desdenes! ¡Soy un desterrado en el mundo! ¡Un ciego! ¡Sin luz en los ojos, sin dicha en el corazón! Pero sabré hacerme superior á todo: en las últimas horas de mi vida no he de desmentir mi carácter.

El ciego enmudeció.

La fuerza del sol era cada vez más débil, tanto, que apenas calentaba, y los rincones de la habitacion estaban ya casi envueltos en las tinieblas.

Aquella habitacion, una de las del primer piso de la casa, nada tenia de suntuosa; sus escasos muebles eran humildes, y un gran armario, guardador en otro tiempo de la biblioteca del ciego, se hallaba vacío.

La escalera que conducia á aquella habitacion estaba alfombrada provisionalmente por un paño que amortiguase las pisadas, y como para preparar el silencio del hombre que caminaba hacia el silencio eterno.

Cuando la inmovilidad que guardaba el anciano era mayor, cuando su alma estaba más abismada en lo infinito, otro hombre, ménos hermoso, pero tan anciano como el ciego, se presentó en la habitacion.

Por unos momentos se detuvo para contemplar al paciente.

Lo que pasó en el alma del recién llegado no podría decirlo; lo cierto es, que exclamó, como si su exclamacion fuera el término de anteriores pensamientos:

—¡Qué valen los Cowley, Lovelace, Stanley, Habington y tantos otros que se disputan hoy el primer puesto en la consideracion pública, ante este ciego, pobre, abandonado, pero que se ha inmortalizado, inmortalizando á la vez á la Inglaterra!

—¿Quién es? preguntó el ciego.

—Soy yo, Juan.

—¡Ah! el buen doctor Wright... mi único y constante amigo...

—¿Cómo se encuentra hoy el poeta?

—El hombre se siente fuerte de espíritu; pero el cuerpo está muy cansado. Me quedan pocas horas de vida.

—Todos, ménos vos, pudieran decir eso.

—No; me engañais, doctor, repuso Juan procurando sonreirse. Hoy, más que ningun otro día, me he dedicado á los recuerdos, y esto es que quiero despedirme de lo pasado.

—¿No es vuestro el porvenir?

—Confío en la posteridad, y esta confianza hace años que la tengo.

—Pues los contemporáneos se han ocupado de vuestro poema, y refiriéndose á vos ha dicho Dryden al conde Dorset: *Este hombre nos oscurece á nosotros y á los antiguos*.

—Desengañaos, doctor, mi presente no es otro que el que veis.

—Estais melancólico, Juan.

—Estamos, Wright, en medio del otoño. De mis obras recuerdo en este momento al *Penseroso*, como antes de que viniérais recordaba á *Sanson*. La noche, amigo doctor, se acerca, y este pensamiento no se borra un momento de mi alma; el sol de mañana no iluminará mis blancos cabellos.

Ahora me encuentro triste porque mi hija Débora, por cuyos ojos veo, no ha podido leerme á *Isaias*. ¡Este profeta hubiera hablado tanto á mi alma! Pero ya que no es así, me hago la ilusion de escuchar esas notas indefinidas, verdaderos rayos de luz para el ciego, en que prorrumpe el día moribundo; notas que se escapan de las secas flores y de todo lo que ha respirado

sobre [el gran altar de la tierra, formando un coro de oraciones que sube hasta el Criador.

La musa que me habla durante la noche, me ha dado el aviso de mi cercano fin.

Quiero que mis últimas horas se deslicen suaves; quiero que mi sér reciba el beso de la muerte sin crueles sobresaltos, como un beso de amor.

Los disgustos de mi familia me han conmovido hasta hace poco; ahora quiero olvidarlos.

Dios me inspiró un mundo de ángeles, que han vivido conmigo por muchos años, y esos ángeles me esperan en el Paraíso.

¡Soy un ciego que tiene la esperanza de iluminarse con la luz eterna!

Cuento muchos días que han cansado mi existencia; pesan sobre mí muchas horas de amargura; mi corazón ha sido combatido por los dolores; he tenido necesidades, sufrido humillaciones... ¡y soy ciego! Pero la desgracia ha sido para mí un crisol. Lo he soportado todo: mi ceguera, mis necesidades, las humillaciones, todos los dolores.

Combatí á los reyes, á pesar de su corona; me uní al hombre inspirado porque creí labraria la felicidad de mi patria, del universo, porque el universo estaba encerrado en la patria para mí; ví que nuestra obra se vino á tierra, y contemplé con fortaleza de ánimo las ruinas del edificio que ayudé á levantar; escribí un poema que me ha hecho soñar con la inmortalidad, y lo vendí por casi nada, porque no tenia pan que llevar á la boca...

He sido casado tres veces, y tengo tres hijas.

Como Edipo, he hallado en ellas consuelo alguna vez; pero no siempre me han hecho dichoso.

Ahora, doctor, no tengo que deciros más que una frase: «yo espero.»

Juan quedó silencioso.

Su rostro tenia en aquel instante una hermosura casi sobrenatural; sus ojos negros, abiertos completamente, estaban fijos en un punto del cielo; habia cruzado sus manos marmóreas, que descansaban sobre los anchurosos pliegues de su negro ropaje, y sus blancos cabellos rodeaban su frente como una aureola de plata.

El rayo del sol desaparecia, hiriendo ya solo la frente del ciego; poco á poco se fué levantando sobre la cabellera del anciano, despues resbaló por el alto respaldo del sillón, tocó las paredes, y se ocultó por último de la habitacion, que quedó alumbrada ténueamente por los postreros resplandores del día.

El doctor no apartaba por un momento su vista del rostro del moribundo.

Llegó un instante en que los brillantes ojos del ciego se cerraron, en que su boca se sonrió, pero de tal manera, que bien podia confundirse aquella sonrisa con un quejido mudo.

El doctor tomó una mano á Juan y la sintió fria, pero la sangre palpitaba aun en las venas.

Juan, permaneciendo en la misma postura, continuando con los ojos cerrados, murmuró estas palabras de su poema, que el arcángel Miguel dirige á Adán: «Tu no serás rudamente arrancado, sino blandamente cogido por la muerte, cuando llegues á ese estado de madurez, que se llama ancianidad.»

Despues los labios del poeta enmudecieron.

El doctor, plegadas sus manos como en actitud de orar, miraba al moribundo, más que con interés, con veneracion.

Trascurrieron algunos minutos, espacio de tiempo que llenó la habitacion de sombras.

Poco despues la muerte la llenó con sus misterios.

El doctor se arrodilló delante de Juan, que parecia disfrutar de un sueño apacible, y exclamó:

—Su espíritu se ha manifestado poderoso hasta el último instante. La vida del tiempo ha terminado para él, y comenzado la vida de la eternidad.

Despues el silencio que guardó el doctor Wright, se asemejó al silencio de la muerte.

Este silencio solo fué interrumpido cuando, ya muy entrada la noche, se presentaron en la habitacion Isabel Minstuel, la tercera esposa de Juan, y sus tres hijas.

El doctor Wright se levantó entonces, y señalando al cadáver del poeta, las dijo:

—¡Vuestro marido, vuestro padre JUAN MILTON, ha muerto!

Las lágrimas de aquellas mujeres, ¡quién sabe si se las arrancó el dolor de no haber amado como se merecia, al genio más portentoso de su edad!

Así fué que Débora, treinta años despues de esta

muerte, exclamó viendo el retrato del ya célebre autor de *El paraíso perdido*: «¡Oh, padre mio! ¡Oh, mi querido padre!»

FRANCISCO DE P. SANMARTIN.

LOS CLAVELES ROJOS,

NOVELA ORIGINAL.

I.

La despedida.

Los rayos del sol, que reflejaban sobre las cristalinas aguas del Darro, formaban en las ondas doradas hebras, que se extendian á lo largo de la corriente.

A un lado del rio hay un jardín: es el jardín en donde mora la reina de Almanzor.

Altas palmeras le dan sombra, entrelazando sus ramas...

Cristalinas fuentes le dan frescura, deslizándose levemente al pié de las palmeras...

Suave yerba le da alfombra, meciéndose á impulso de las áuras...

Dulces brisas le olean y perfuman, moviendo á compás las flores y las hojas...

Alados cantores le dan música, escondidos en las copas de los árboles.

Es una tarde de mayo, del mes de las flores, y todo está apacible, tranquilo; todo respira amor.

Sólo cruzan el cielo algunas leves nubecillas blancas, que se deshacen á impulsos del viento.

Rien las palmeras, los jazmines, las fuentes... Zoraida también rie.

El céfiro se agita embelesado, jugando con los flotantes rizos de la mora; y esta da envidia con su blancura á las espumas que saltan á sus piés, á la nieve de las lejanas montañas que divisa, á los cisnes que sacuden sus plumas en los estanques del jardín.

¡Qué bella es Zoraida! ¡Qué bella es la tarde! ¡Qué bello es el paisaje!

A un lado, un rio corriendo entre jardines; á otro, altas cumbres circundadas de nieve; enfrente, la oriental Granada, reclinada entre dos rios y al pié de altos montes, cual blanca paloma peregrina que viniendo del desierto abatió allí su vuelo, encantada por el hermoso cuadro que tenia ante sus ojos; Granada, como perla recostada en su concha; Granada, cual hermosa doncella mecida al arrullo del festín.

El sitio en que estaba Zoraida, tampoco podia ser más delicioso: estaba sentada, triste y pensativa junto al Darro, á un lado del jardín, en donde los árboles formaban un pequeño bosque, y un banco de piedra se levantaba casi al nivel del agua.

Zoraida no alzaba sus ojos de la corriente.

Eran sus negros ojos, azabache...

Azucena, su frente...

Nieve, su cuello...

Sus dientes, nácar...

Una túnica blanca caía á lo largo de su cuerpo.

Un cinturón carmesi, bordado de plata y oro, ceñía su cintura, dejando sueltos por ambos lados dos lazos, con los que jugaba distraída.

Un velo blanco, recogido sobre su frente, dejaba ver su rostro peregrino.

Flotante el cabello, leves rizos cubrian sus hombros y parte de la espalda.

Apoyadas ambas manos en la frente, mostraba en su mirada una profunda melancolía.

De vez en cuando exhalaba prolongados suspiros, que se perdian entre el murmullo del follaje y los sordos y lejanos rumores de la encantada ciudad.

Una tapia blanca, dispuesta en círculo, rodeaba aquel recinto. Una casa, no ménos blanca, habia en medio, cual fantasma misterioso. Una pequeña puerta, por donde apenas cabia una persona, servia de entrada al jardín.

En cada una de las cuatro paredes que formaban el edificio, habia solamente dos celosías.

En la azotea habia varios tiestos de claveles y otras flores. Una pequeña ventana, con cristales de colores, se veía sobre una puerta de forma ogival.

Este era el aspecto exterior de aquel edificio.

Volvamos á Zoraida. Zoraida permaneció algun rato en el banco de piedra, triste y pensativa, como ya hemos dicho.

En esto, un hombre saltó la tapia y entró en el jar-

din, sin ser advertido por la mora. ¡Era Almanzor! Este era un joven de veintiseis años. Rostro moreno; mirada penetrante; aspecto varonil. Un jaique, blanco por fuera y encarnado por dentro, colgaba de sus hombros. Un turbante de los mismos colores ceñía su cabeza. Su pantalon era carmesí, y su cinturón de seda verde. Entre los pliegues de este, brillaba la empuñadura de un puñal.

Se acercó pausadamente hasta Zoraida; viéndole esta, se levantó con precipitación, y dejando escapar del alma un grito penetrante, se dirigió corriendo al moro. Este abrió sus brazos, y se preparaba á recibirla en ellos. Ella se detuvo un instante. Entonces el joven estrechó á Zoraida entre sus brazos, con todo el fuego de su corazón.

—¡Soltad! ¡Que Aláh es grande y poderoso! ¡Que Aláh nos vé!...

Esclamó Zoraida, queriendo desasirse, y el joven prosiguió:

—¿No ha de consentir Aláh que lleve en mi ausencia, siquiera una prenda de tu amor?...

—¿Qué prenda quereis?

—Este abrazo que acabo de darte, hada de mis sueños, horóscopo de mi dicha.

En esto la joven mora que se habia enojado de pronto con la actitud de su amante, fué calmado poco á poco su enojo, y dijo al joven con la voz de cariño con que acostumbraba á hablarle.

—¡Almanzor!... ¿cuándo partes?

—Están las tropas formándose en las calles de Granada y vengo ya á despedirme.

—¿Volverás pronto?

—Antes que pase una luna.

—No me olvides jamás, dijo Zoraida con lágrimas en los ojos.

—¿Quién olvida á la estrella de su ilusión?...

—Yo tambien te amo y te amaré, continuó la joven. Mientras las estrellas tachonen con su lumbré el manto encantador de la noche, ó el sol ilumine el universo con la inmensa claridad de sus esplendorosos rayos, el amor que te tengo vivirá en mi pecho creciendo más y más... Y aun creo que si el sol y las estrellas faltasen, no faltaria el amor mio.

—Alah te escuche, Zoraida.

Zoraida habia ya cortado unos claveles rojos del jardin y se los daba á Almanzor besándolos repetidas veces.

—Guarda esos claveles, le decia, no separes de ellos los ojos; siempre que los veas, acuérdate de mí...

—Jamás tú faltarás de mi corazón, Zoraida mia. Alah te guarde, dijo Almanzor besándolos igualmente, y colocándolos en su pecho.

—El te guie, contestó la joven, conteniendo las lágrimas.

Almanzor partió.

Su amada le creia ver en cada pasajero que cruzaba el cercano camino, en cada sombra de los árboles de las vecinas llanuras....

II.

Dudas y celos.

Brilló la aurora y el espacio se iluminaba con los bellos resplandores del astro del dia; y el silencio del mundo era interrumpido por los plácidos rumores de la mañana.

Almanzor iba siempre al rayar el alba á acompañar con su cante á los ruiseñores, que despertaban con el suyo á Zoraida de su sueño.

Y este dia no escuchaba la mora las canciones de su amante: miró por la celosía y no le vió al pié de la puerta; recorrió el jardin, y no le encontró en él... Y sin embargo, le sentia en el canto de las aves... en los murmullos del viento... en los sollozos del rio...

Parecia Zoraida la viuda tortolilla del bosque, el áura sin perfumes, el rizo de espuma sin brisa que le agite...

Almanzor ya se encontraba lejos de Granada.

Veia la imágen de Zoraida en los claveles que llevaba en su pecho. Y los besaba de vez en cuando como Poseido de embelesador éxtasis...

Mas no veia aquellos ojos negros y rasgados, que eran para él las puertas de los siete cielos de Aláh... Ni aquellos labios rojos, rojos como los claveles...

Ni aspiraba aquel amor que se derramaba en torno de ella.

Ni oia aquella voz que le brindaba mil deleites...

Por eso ambos estaban tristes, ausentes uno de otro.

Por eso ambos suspiraban.

Por eso fingian para consuelo la imagen de su amor, en cada objeto que la naturaleza les presentaba.

Por eso pedian á Aláh con fervorosos votos que volviera á unirles para no separarse jamás.

Ambos sufrían igual dolor; ambos se amaban igualmente.

El dia avanza, y la amargura de ambos amantes crece. La pena de la ausencia se aumenta, por momentos.

Pero Almanzor padece más que su amada.

Se despliega ante sus ojos un denso velo que ofusca la razon...

Crece en su corazón un árbol de ramas tristes y solo cubiertas de espinas...

Cruza en su mente una funesta sombra que turba la quietud del alma...

¡Almanzor es presa... de los celos!

¡Cuántas veces escondido tras de un árbol fingió un rival en cada rama que Zoraida tocaba!

Almanzor era infeliz, era desgraciado... en una palabra: era celoso.

Veces hubo en que llegó á dudar de la fé de Zoraida, solo por un gesto, por una palabra que esta dijo distraida.

Almanzor queria pedir la mano de Zoraida, más antes de pedirla á su familia, quiso correr á alcanzar laureles que rendir á los piés de su dama, pues esta era de familia rica y noble, y Almanzor era solo un oscuro hijo del pueblo.

Por eso el pobre moro gime; por eso sufre: por eso se agita en doloroso desvario; por eso los celos de otro amante de sangre noble, le consumen.

III.

Un dia despues.

Es la hora que era el dia anterior cuando Almanzor se despidió de Zoraida.

Las áuras murmuran melancólicas.

Las flores cierran tristes sus pétalos.

Los árboles inclinan, cansados de fatiga, sus macilentas copas.

Y los pájaros solo dejan oír cantos de pesar y desconsuelo.

El sol descende al Occidente recogiendo su roja cabellera y las nubes de color de lila y carmin, le preparan blando lecho de gualdas y de rosas.

El Darro corre cansado siendo claro espejo del rey del dia.

Los ecos de la ciudad se pierden en el espacio con el rumor de las hojas que se mueven.

Zoraida llora desconsolada su amor, la ausencia del moro que idolatra con toda el alma; inclinada la frente sobre el pecho, se dirige á la orilla del rio, y anda maquinalmente.

Su faz estaba pálida.

Sus mejillas, antes de rosa eran ya de mármol blanco.

El encendido color de sus lábios, era ya color de violeta.

Su mirada, antes fija y espresiva, ya era tímida é incierta...

Al llegar á la orilla, encontró sobre el banco un ramo de flores.

Sus ojos parece que se animaron: Su rostro tomó expresion.

Alegre cogió el ramo y se paró á mirar las flores una á una.

Luego separó algunas del ramo y las colocó entre sus cabellos, creyendo que serian de Almanzor y que éste las dejó antes de partir.

Aquel ramo fué para Zoraida un consuelo que calmó un tanto sus dolores.

Una estrella que aparece en el firmamento radiante y bella en medio de las tinieblas de la noche, es un consuelo para el alma que busca la claridad...

Cuando un sér amado se halla ausente de nosotros, cualquier objeto que á él haya pertenecido nos distrae, nos acompaña en la soledad, nos hace creer que vemos al mismo sér á quien adoramos.

Por eso los ojos de Zoraida brillaron como nunca al ver las flores que ella creia de Almanzor...

Por eso las besaba llena de júbilo...

Por eso se extasiaba aspirando sus aromas y admirando sus matices...

Por eso en su rostro se pintó la alegría que ántes le habia faltado.

Mas poco á poco fué luego su éxtasis muriendo... Poco á poco sus mejillas fueron perdiendo su encendido color, al recordar que Almanzor estaba lejos de Granada.

Cuando Zoraida volvió á su casa, volvia pensativa, pero un tanto consolada por el ramo de flores que habia hallado.

ERNESTO GARCÍA LADEVESE.

(Se continuara.)

INAUGURACION DE LAS OBRAS DEL MUSEO Y BIBLIOTECA NACIONAL.

Nuestros lectores saben ya que el dia 21 del mes pasado, y á presencia de la córte y los principales dignatarios, fué colocada la primera piedra del suntuoso edificio que ha de guardar un dia los grandes tesoros artísticos y literarios, de que se enorgullece nuestro país.

Este edificio que ocupará en el paseo de Recoletos el solar que ocupó en otro tiempo la Escuela de Veterinaria, forma un paralelógramo de 365.000 piés cuadrados, de los cuales unos 450.000 se destinarán á la formacion de un parque que adornará el frente de la fachada. El ingreso al edificio será por una elegante escalinata coronada por un pórtico, y el todo del decorado y distribucion interior no dejará nada que desear por su buen gusto, y lo grandioso de sus proporciones.

En cuanto al acto de la inauguracion, solo diremos que fué tan solemne y concurrido como era de esperar, y que la marcha del Sr. Barbieri y el discurso del Sr. Hartzbusch, produjeron en el público una agradable impresion, que hacia doblemente grata la esperanza de poseer dentro de poco un monumento digno de la córte de España, y digno tambien del noble objeto á que se destina.

Hubiéramos deseado que la lámina que representa esta ceremonia saliera en el número anterior, pero sabido es que en esta clase de trabajos la precipitacion perjudica á la exactitud y á la belleza, dos cualidades de que creemos no carece el grabado de los señores Baumann y Ricord.

EL REY DE SIAM.

El rey de Siam, cuya muerte nos han anunciado hace poco los diarios, era un soberano inteligente y curioso, que cultivaba con amor las matemáticas y las ciencias mecánicas, y que envió en 1861 una embajada al emperador de los franceses, como queriendo tomar parte en el movimiento social de las naciones europeas.

Respecto á sus mujeres, se ve que tambien han adoptado las costumbres de Europa, y sus vestidos con volantes, sus bullones, y sus prendidos habrán causado indudablemente gran sensacion en el reino Siamés.

El número de mujeres del rey de Siam es considerable, porque en aquel país las mujeres envejecen pronto, habiendo ejemplo de algunas que son abuelas á los treinta años. Su suerte es mientras tanto muy dichosa, pues si bien no disfrutan la libertad que las europeas, tampoco viven secuestradas como las chinas, ni tienen que renunciar á los goces de la familia como en otros pueblos vecinos.

Correspondencia de EL PERIÓDICO ILUSTRADO.

J. B., de Javea; Recibidos los sellos y suscrito.—F. S., de Ciudad Real; Recibida la libranza y suscrito.—Y. O., de San Lucar de Barrameda; Recibida la libranza, conforme con su carta.—S. D., de Arenas de San Pedro; Recibidas las libranzas y sellos por las suscripciones segun su carta.—G. N., de Gerona; Recibidas las libranzas y conforme con su carta: le mandamos el ejemplar.—V. M. y C., de Cadiz; id. id.—Z. R., de Fresno el viejo; Hemos mandado las tres colecciones segun su carta del 29: quedan Vds. suscritos.—C. G., de Toledo; Hoy hemos recibido su pedido que, conforme con su carta nos apresuramos á mandar.—R. de C., de Torrejon de Velasco; Hemos tomado nota y será Vd. servido con la direccion que Vd. nos indica.—A varios de nuestros suscritores. Los pedidos para colecciones les agradeceremos expliquen ya sean en rústica ó pasta teniendo presente las advertencias de nuestros números anteriores.

Editor responsable, P. A. LAMARTINIÈRE.

MADRID: 4366.—Imprenta de R. LABAJOS, Cabeza, 42, principal



MODAS DE PRIMAVERA.

DECLARACION MATEMÁTICA.

Niña, me postro á tus pies
para pintar la pasión
que abrasa mi corazón
como *dos y una son tres*.

Escucha mi amor vehemente,
pues desde que te he conocido,
continuamente ha crecido
en *progresion ascendente*.

Que me quieras solícito
y esta no mires esquivada:
si es mi beldad *negativa*
mi cariño es *infinito*.

Multiplicamini, etcétera,
dijo Dios al padre Adán,
y yo quiero ese refrán
seguir al pie de la letra.

Mas no fundo mi porfía
en una *incógnita* union,
que es *regla de aligacion*
ó de *falsa compania*.

No á fé, y en buen testimonio
del fin, que mi amor barrunta,
quiero la *regla conjunta*
que se llama matrimonio.

Si no sumo grandes bienes
tengo un caudal de *razones*:
piensa que no hay *proporciones*
cual la que en tu mano tienes.

Y si bien no da la ciencia
para pavos ni perdices,
ni tengo bienes *raices*,
ni he de *elevarme á potencia*.

Sabré, aunque el mundo lo note,
prestar á *interés compuesto*,
y solamente con esto
multiplicaré tu dote.

Espero respuesta el miércoles.
Madrid, tantos... sin errata.
Tuyo:

Pascasio.

Postdata.

Si me desprecias *me partes*.

Por copia,

M. OSSORIO Y BERNARD.

MODAS DE PRIMAVERA.

Ofrecemos á nuestras lectoras en esta página, un grabado de modas, ejecutado recientemente en París, y que no puede ser por lo mismo más de actualidad.

Bien quisiéramos acompañarle con una descripción detallada, y una revista enteramente femenina de los cambios y alteraciones que cada día se experimentan en ese reino de la elegancia, cuyas fronteras principales son el buen gusto y la sencillez, pero hoy por hoy, nos es imposible, si bien procuraremos no incurrir en semejante falta para lo sucesivo.

Abrigamos, á pesar de esto, la confianza de que la inteligencia y discrecion de nuestras lectoras suplirán todas las esplicaciones que para nosotros necesitaria el figurin, y sabrán sacar partido de él, mejorándole acaso, con los recursos que les sugiera su imaginacion, auxiliada por esos dos poderosos agentes del bello sexo de todos los países, y sobre todo el español, que se llaman la gracia y la coqueria.

EL ROSTRO DE MI BIEN.

(Capricho.)

¿Veis el ampo de la nieve
que ofende á la vista, frio?
Blanco es así del bien mio
el rostro fascinador.

¿Veis la rosa que al capullo
ha roto los dulces frenos?
Así tienen cuando ménos
sus mejillas el color.

¿No habeis visto dos diamantes
en oro fino engarzados?

Pues sus dos ojos rasgados
les esceden en brillar.

¿Y las perlas os encantan?...
Pues aunque sean muy bellas
podreis confundir con ellas
sus dientes á no dudar.

Pero ¿qué me importa á mí?
oigo decir al lector.

—¡No os importa?

—No señor.

—Pues á mí mucho que sí.

URBANO GASCON Y GIMBAO.

CHARADA.

Mi primera es una letra
aunque poco usada ya,
la que unida á mi segunda
se encuentra mucho en el mar.
Mi primera y mi tercera
son un nombre harto fatal,
nombre de mujer al fin
para comprenderlo más.
Y mi tercera y mi cuarta
las dos unidas me dan
una palabra de un juego
y el nombre de una ciudad.
Si quereis saber mi todo
os lo diré sin pesar;
soy producto de la tierra,
mi reino es el vegetal,
y me usan mucho las niñas
en lo mejor de su edad.